

Hombres y mujeres, jóvenes y maduros de la Ciudad de Buenos Aires: diferentes comportamientos en un contexto de aumento del desempleo.

Sin duda, el crecimiento de la tasa de desocupación constituye una de las manifestaciones más claras del deterioro de la situación laboral durante los noventa. La precarización de las condiciones de empleo, la creciente inequidad distributiva del ingreso y el desempleo han afectado a amplios segmentos poblacionales, motivando decisiones al interior de los hogares que estimularon la participación económica de miembros tradicionalmente inactivos.

La estabilización de precios lograda a partir de la implementación del Plan de Convertibilidad produjo una significativa recuperación de los ingresos que, no obstante, no logró retrotraerlos a los niveles de 1980. La tendencia expansiva de los ingresos iniciada en 1990, en particular los provenientes de fuentes laborales, se desacelera en 1995, cuando la tasa de desocupación alcanza su máximo histórico con un 14,3% en la Ciudad de Buenos Aires y 18,4% para el total de aglomerados urbanos. En el marco de una creciente sobreoferta de mano de obra que presiona sobre el mercado de trabajo se profundizaron las políticas de flexibilización laboral, generando un mapa social en el que las franjas de menores ingresos son, a su vez, las más castigadas por la desocupación lo que, a modo de círculo vicioso, acentuó la desigualdad en términos de ingresos. En ese sentido, se asume a la desocupación como uno de los indicadores de la inequidad distributiva y un condicionante del comportamiento económico de la población.

El incremento de la tasa de desocupación, entre 1990 y 2001, ha sido explicada reiteradamente a partir del significativo incremento de la población que busca empleo, en particular, la población femenina. El objetivo de este informe es identificar a los segmentos más afectados por la desocupación y establecer el impacto, en términos de participación económica (se mantienen en la búsqueda o desisten), que esta situación ha generado en ellos y en otras franjas poblacionales vinculadas al entorno familiar, que se suman al mercado como "trabajadores secundarios".

Desde el punto de vista metodológico, se utiliza para este análisis la tasa de ocupación, que expresa la relación entre los ocupados y la población económicamente activa, es decir, la relación complementaria de la tasa de desocupación. La estimación de los desocupados de la Ciudad presenta coeficientes de variación elevados, por lo que su desagregación según los distintos atributos reduce su grado de confiabilidad. En cambio, al trabajar con el resto de la PEA se salvan las restricciones que impone el tamaño de la submuestra de la Encuesta Permanente de Hogares para la Ciudad de Buenos Aires a la desagregación de los desocupados residentes.

EVOLUCION DE LAS TASAS DE OCUPACIÓN, 1990-2001

El 86,6% de la población activa de la Ciudad de Buenos Aires se encontraba ocupada, en mayo de 2001. Ese porcentaje ascendía al 94,8% once años atrás, lo que implica que el nivel de ocupación descendió el 8,6%. Sin embargo, en términos de tasa de desocupación, la variación del período 1990-2001 significó un incremento del 158% (de 5,2% a 13,4%). (Ver Cuadros C-1, C-2 y C-3)

En la comparación entre los años extremos de la serie, la ocupación tuvo un comportamiento homogéneo de género al descender un 8%, tanto para varones como mujeres. Sin embargo, las mujeres jefes de hogar resultaron más afectadas relativamente que los jefes varones, al perder un 11,1% y ubicarse, en 2001, en un nivel de ocupación del 85,6%. También se observan desempeños dispares entre grupos de edades y nivel educativo.

POR GRUPOS ETARIOS

La **franja joven** de ambos sexos, que representa aproximadamente el 18% de los ocupados residentes en la ciudad, ostentaba las tasas de ocupación más bajas, en mayo de 2001 (varones, 69,7% y mujeres, 71,9%) y sufrieron las mayores caídas comparando estos guarismos con los del mismo mes de 1990 (15% y 22,4%, respectivamente). Como se ve, la población joven femenina sufrió un desplazamiento mayor en el período considerado.

Los **adultos de edad central** (de 26 a 49 años), que representan el 57% del total de ocupados, descendieron en la misma magnitud (-6%) tanto varones como mujeres. En cambio, la ocupación de los **mayores** de 50 a 64 años, que en el agregado cayó 7,5%, se explica fundamentalmente por la pérdida de empleo de los varones que pasó del 99,5% a 88,8%.

POR NIVEL DE INSTRUCCIÓN

El nivel de instrucción aparece como un condicionante directo del nivel de ocupación ya que éste desciende a medida que aumentan las credenciales educativas de la población¹.

¹ En contextos de sobreoferta de mano de obra, los requerimientos educativos se constituyen en barreras para el acceso al empleo. De esa manera, la desocupación se desplaza hacia los menos instruidos sin que esta selección esté fundamentada en la complejidad de las tareas inherentes al puesto de trabajo. Por lo tanto, esta situación no debe interpretarse como una orientación de la demanda de mano de obra hacia mayores competencias tecnológicas, sino a mecanismos de discriminación que generan procesos de movilidad descendente. Ver "Nivel de instrucción y calificación laboral de los ocupados en la Ciudad de Buenos Aires", Coyuntura Económica de la Ciudad de Buenos Aires N° 2. CEDEM, Abril de 2001

Esta relación se acentúa en las **mujeres de nivel de instrucción Bajo**², franja en que la tasa de ocupación cayó un 13,5%, en tanto la masculina hizo lo propio en 11,3%. En el otro extremo, las **mujeres universitarias (nivel de instrucción Alto)** acusaron una pérdida de empleo mayor que sus pares varones, al descender 7,5% y 5,1%, respectivamente.

En síntesis, el nivel y la evolución de las tasas de ocupación femenina y masculina indican que la desocupación afectó fundamentalmente a los jóvenes, en particular de sexo femenino, a los adultos maduros (50 a 64 años) debido al desempeño de la franja masculina de 50 a 64 años, y a las mujeres jefas de hogar.

Mientras que el nivel educativo aparece como un amortiguador del desempleo, en tanto se ve que los universitarios (en particular de sexo masculino) y los trabajadores con estudios secundarios y terciarios, no sólo registran los mayores niveles en sus tasas de ocupación, sino que han sufrido el menor deterioro relativo durante el período.

EVOLUCION DE LAS TASAS DE ACTIVIDAD, 1990-2001.

Hasta aquí se ha descrito sucintamente el comportamiento de la tasa de ocupación como un indicador de la desocupación. Básicamente, el nivel de ésta depende de la cantidad de puestos de trabajo que genera la estructura productiva y la disposición de la población a participar de la actividad económica, es decir, de la PEA. En los noventa, la creación de puestos de trabajo resultó insuficiente para cubrir la oferta de mano de obra, que registró un incremento significativo, lo que se tradujo en mayor desocupación. En la Ciudad de Buenos Aires, el stock de puestos de trabajo se mantuvo prácticamente estable, mientras que la tasa bruta de actividad pasó del 45,6% en 1990, a 50,4% en 2001 debido, fundamentalmente, a la masiva incorporación de la mujer a la actividad económica que creció 23%. Es así como, con frecuencia, se aduce que la desocupación aumentó a causa de la mayor participación femenina en el mercado de trabajo.

Este hecho incuestionable se encuadra en un proceso de larga data y de carácter universal que se viene operando a una velocidad diferente en cada caso. En la Ciudad de Buenos Aires, los niveles de participación femenina de los últimos años están cerca de los estándares de los países más desarrollados y superan holgadamente los de las principales ciudades del país.

Sin embargo, en la última década este proceso ha sido influido por factores económicos –desocupación, distribución regresiva del ingreso- y socio-familiares -incremento de mujeres jefa de hogar, desocupación de los jefes varones- que han profundizado la tendencia antes señalada.

² Nivel de instrucción Bajo: primario completo, secundario incompleto

Nivel de instrucción Medio: secundario completo, terciario completo e incompleto y universitario incompleto

Nivel de instrucción Alto: Universitario completo.

Por su parte, la disposición de la población a participar de la actividad económica depende tanto de la presión demográfica -que en el caso de la Ciudad es prácticamente neutra dado que desde mediados del siglo pasado se mantiene estable- como de factores económicos, culturales, familiares que impactan en forma diferencial en los distintos grupos poblacionales. La estructura de los hogares, el nivel de sus ingresos, la condición de ocupación de sus integrantes, por un lado, y la magnitud y calidad de las oportunidades laborales que genera la estructura productiva por el otro, son los principales determinantes que impulsan a la población al mercado de trabajo.

A continuación se analizarán los comportamientos específicos de mujeres y varones, según edades y nivel educativo, frente a la caída de la ocupación a nivel agregado y a lo largo del período analizado.

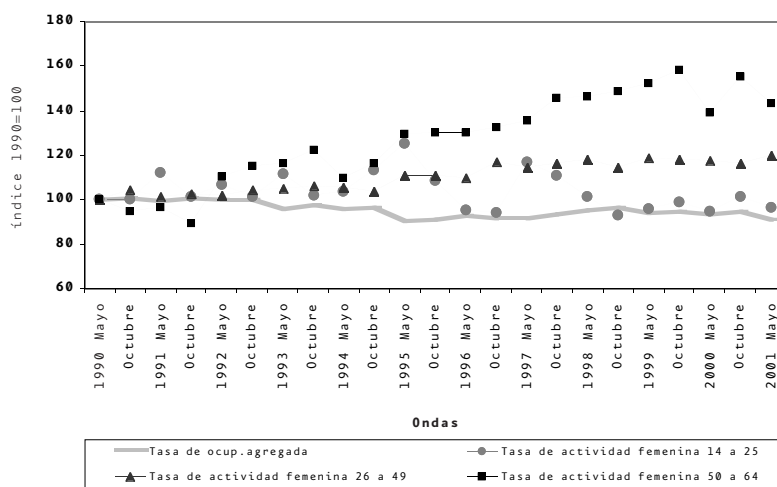
COMO REACCIONAN LAS MUJERES ANTE LA CAIDA DE LA OCUPACIÓN AGREGADA

Como se señaló más arriba, la participación económica de las mujeres creció un 23% en un contexto de creciente desempleo. Sin embargo, la mayor predisposición femenina resultó de conductas claramente diferenciadas por grupo de edades. Las mujeres mayores (50 a 64 años) incrementaron su tasa de participación en un 43,4% lo que significa que casi 50.000 mujeres mayores se sumaron a la búsqueda de empleo. Les siguen las mujeres adultas (25 a 49 años) que ostentan la tasa de actividad más alta, 76,1%, superando en un 9% la registrada en 1990. En valores absolutos, aproximadamente 60.000 mujeres de edad central engrosaron la PEA femenina. Por último, las jóvenes que es la franja menos integrada a la actividad económica con una tasa de actividad del 43,2%, se retiraron del mercado en un 3,8% comparado con el nivel de 1990, acompañando la contracción general de su franja. En otras palabras, la mujer retrasa su ingreso al mercado y prolonga su ciclo laboral hasta edades más avanzadas.

Paradójicamente, las más instruidas ostentan en mayo de 2001, menores tasas de actividad que al inicio de la serie, en tanto, las mujeres de instrucción media y baja intensificaron su búsqueda. Esta situación abonaría la hipótesis de que la búsqueda de empleo en este período está atravesada por la necesidad de obtención de ingresos antes que, o exclusivamente debido a, incentivos de carácter cultural o profesional.

Gráfico C - 1

Evolución de la tasa de ocupación y las tasas de actividad femenina por franja etaria.
1990-2001

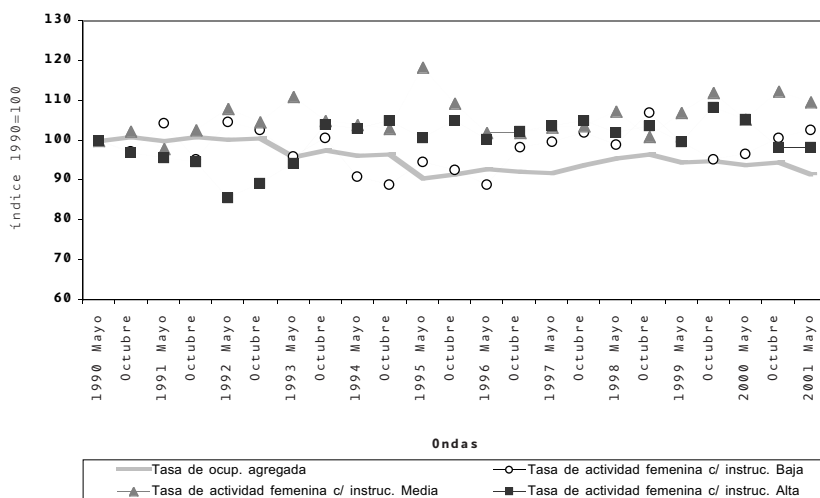


Fuente: CEDEM, Secretaría de Desarrollo Económico, GCBA, en base a datos de EPH-INDEC.

El gráfico C-1 ofrece una visión dinámica del comportamiento femenino por grupo de edades durante la década. El de las mujeres jóvenes se muestra más lábil que el de las adultas (25 a 49 años) y las mayores (50 a 64 años). El comportamiento del segundo grupo está fuertemente condicionado por las responsabilidades asociadas a la maternidad y la vida familiar, por lo que resulta significativo el aumento sostenido de su disposición a trabajar. Este grupo y el de las mujeres maduras se mantienen en actividad sin denotar desaliento ante la caída de la ocupación agregada, a diferencia de las jóvenes que manifiestan mayor sensibilidad frente a la situación ocupacional.

Gráfico C - 2

Evolución de la tasa de ocupación y las tasas de actividad femenina por nivel de instrucción.
1990-2001



Fuente: CEDEM, Secretaría de Desarrollo Económico, GCBA, en base a datos de EPH-INDEC.

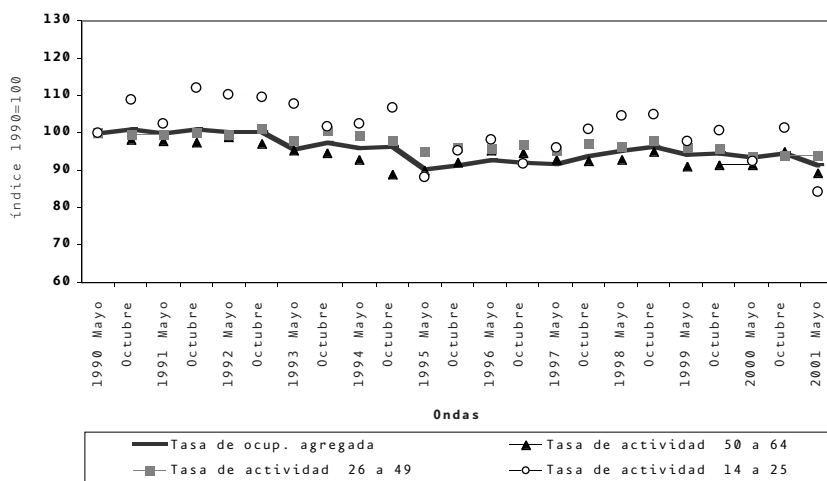
COMO REACCIONAN LOS VARONES ANTE LA CAIDA DE LA TASA DE OCUPACIÓN AGREGADA

A su vez, la leve expansión de la tasa de participación masculina (2%) se concentró en los mayores (50 a 64 años) que registraron un crecimiento del 8,2% y que contrasta con la caída de la ocupación que se registra en el período. En tanto, los otros dos segmentos más jóvenes desistieron de la búsqueda de empleo motivados por el factor "desaliento". Es así, que los varones de edad central (26 a 49 años) desistieron de participar en la actividad económica -aproximadamente 4%- lo que resulta significativo toda vez que este segmento representa el 55% de la población activa masculina de la ciudad. Sin embargo, este grupo muestra un patrón de comportamiento diferencial respecto de sus pares mujeres ya que, como se observa en el gráfico C - 3, la tasa de actividad se muestra estable aunque con una leve tendencia declinante. En segundo lugar se ubica la de los más jóvenes (18,4% del total de activos varones) que, no obstante las fuertes oscilaciones registradas durante el período, descendió un 1,8%.

Desde el punto de vista del nivel de instrucción, cabe destacar que la contracción de la oferta de mano de obra masculina se concentró en los de nivel Bajo (-10,3%), desalentados por la modesta performance de la ocupación específica, y en los que tienen título universitario (-5%). Estos segmentos representan el 28% y 24% de la PEA masculina de la ciudad, respectivamente. En tanto que la tasa de actividad de los jefes de hogar creció un 4%, llegando a 81,6%.

Gráfico C - 3

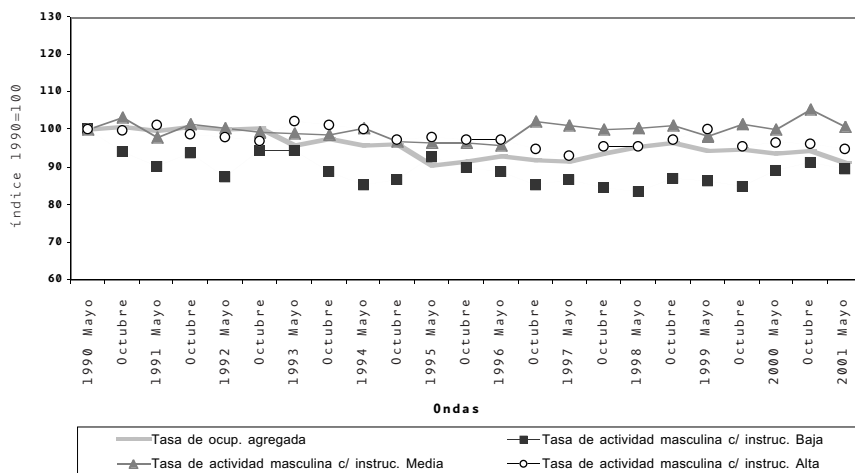
Evolución de la tasa de ocupación y las tasas de actividad masculina por franja etaria. 1990-2001.



Fuente: CEDEM, Secretaría de Desarrollo Económico, GCBA, en base a datos de EPH-INDEC.

Gráfico C - 4

Evolución de la tasa de ocupación y las tasas de actividad masculinas por nivel de instrucción. 1990-2001



Fuente: CEDEM, Secretaría de Desarrollo Económico, GCBA, en base a datos de EPH-INDEC.

En resumen, el aumento de la desocupación, con el consecuente deterioro de los ingresos familiares, ha motivado comportamientos de género y de grupos de edades claramente diferenciados. En ese sentido, se ve que los estratos generacionales marcan patrones de conducta económica más diferenciados que el nivel de instrucción, tanto en los varones como en las mujeres. En el caso particular de estas últimas, se observa que los condicionantes culturales se flexibilizan o no son tan rígidos frente a imperativos de tipo económico. En esa línea se interpreta la actitud de las mujeres de edad madura que se incorporan al mercado de trabajo, en muchos casos sin trayectoria laboral anterior, como sugiere el aumento del 28,2% de esta franja en la estructura ocupacional con niveles de instrucción media y baja. La magnitud de este incremento indica que se produce por la incorporación de trabajadoras nuevas, sin experiencia, que generalmente se insertan en empleos de tiempo parcial, baja productividad y remuneración.

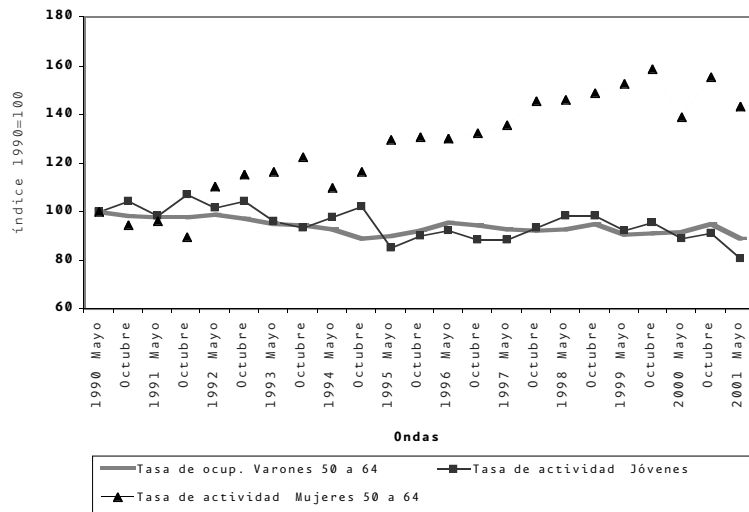
ESTRATEGIAS FAMILIARES DE SUBSISTENCIA

Como se señaló anteriormente, uno de los rasgos más salientes de las transformaciones ocurridas en la situación laboral de la ciudad es el creciente nivel de desempleo de los varones de 50 a 64 años. Este segmento representa aproximadamente el 23% de la fuerza de trabajo masculina y su importancia relativa no sólo radica en su peso cuantitativo. Desde el punto de vista social, este estrato es mayoritariamente cabeza de familia, aún cuando sus ingresos resulten inferiores a los de los restantes preceptores del hogar. Su condición de ocupación y el nivel y estabilidad de sus ingresos suele tener un fuerte impacto en el resto de los miembros que componen el grupo familiar.

El deterioro de la situación ocupacional de los hombres maduros está asociado a diversos factores, entre los que se destacan las políticas de ajuste que se aplicaron durante gran parte de la década pasada. Las de mayor impacto fueron las implementadas por las empresas de servicios públicos privatizados a través de la implementación de retiros voluntarios y su reemplazo parcial por trabajadores más jóvenes; las transformaciones ocurridas en la actividad comercial que desplazó un porcentaje significativo de comercios tradicionales de proximidad por supermercados e hipermercados que no absorbieron a los desocupados que su expansión generaba; y, en general, diversos sectores, incluido el Estado, que sustituyeron las dotaciones de mayor antigüedad por trabajadores de regímenes de pasantías o contratos temporarios. Así se configuró un escenario en el que las probabilidades de acceder al empleo están limitadas por una demanda de mano de obra que discrimina a favor de los más jóvenes e instruidos, con independencia de los requerimientos objetivos del puesto de trabajo.

Gráfico C - 5

Evolución de la tasa de ocupación de varones de 50 a 64 años y tasas de actividad de jóvenes y mujeres de 50 a 64 años. 1990-2001



Fuente: CEDEM, Secretaría de Desarrollo Económico, GCBA, en base a datos de EPH-INDEC

Esta situación generó estrategias familiares de subsistencia que consistieron, básicamente, en la incorporación de las mujeres maduras y jóvenes al mercado de trabajo. Como muestra el gráfico C - 5, la caída de la ocupación de los hombres maduros impulsó la tasa de actividad de sus pares mujeres y de los jóvenes hasta 1995, en que se quiebra la tendencia y, a partir de ese momento, la participación económica de este grupo etario acompaña la propensión de la ocupación.

ANÁLISIS DE LOS UNIVERSOS ESPECÍFICOS

En este apartado se describen los comportamientos de cada grupo generacional como respuesta a la evolución de la ocupación específica, la que se considera como una proxy de la demanda de mano de obra vinculada a esa franja poblacional. Se eligió el corte etario para completar el abordaje de género, por resultar más revelador que el nivel educativo para identificar patrones de comportamiento económico. Se utilizan las tasas de actividad y ocupación específicas³.

LOS JOVENES

Hasta 1995 la disposición a participar de las mujeres jóvenes se expandió, a pesar de que la tasa de ocupación específica registró un comportamiento declinante que se mantuvo, con oscilaciones, hasta el final del período. Ese año constituye un punto de inflexión en que el factor "desaliento" hace converger tendencialmente el comportamiento

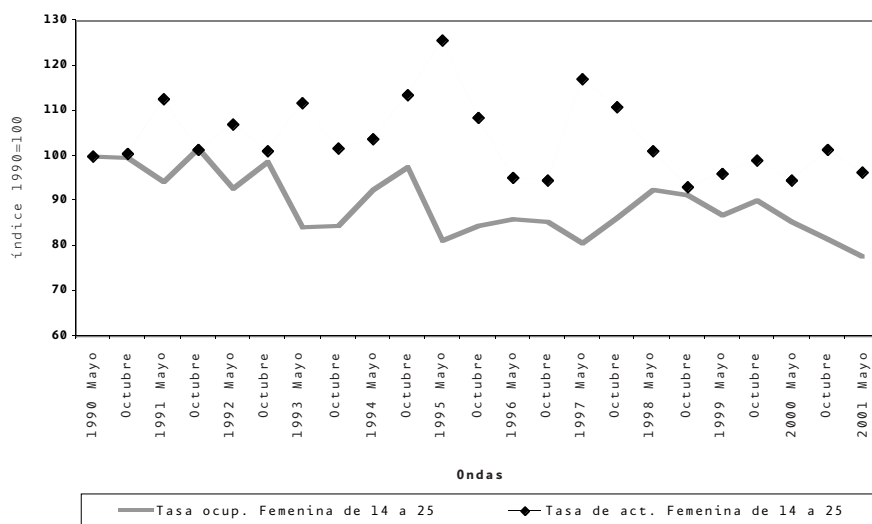
³ Referidas a los grupos de población específicos

de las jóvenes con el de la demanda de mano de obra.

Por el contrario, el comportamiento de los varones varía en sentido contra-cíclico respecto del nivel de ocupación, ajustándose en la tendencia declinante. Ello indica que cuando aumenta la ocupación disminuye la presión de búsqueda y viceversa, en la fase de contracción del empleo se intensifica la disposición a participar.

Gráfico C - 6

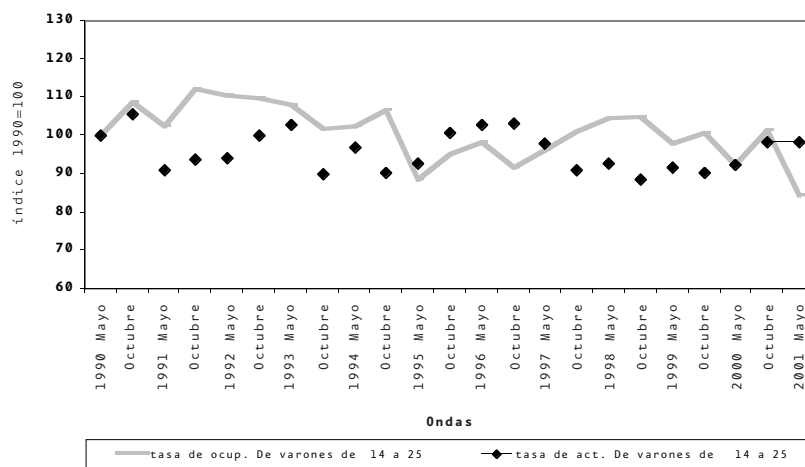
Evolución de las tasas de ocupación y actividad de mujeres de 14 a 25 años. 1990-2001



Fuente: CEDEM, Secretaría de Desarrollo Económico, GCBA, en base a datos de EPH-INDEC

Gráfico C - 7

Evolución de las tasas de ocupación y actividad de varones de 14 a 25 años. 1990-2001



Fuente: CEDEM, Secretaría de Desarrollo Económico, GCBA, en base a datos de EPH-INDEC

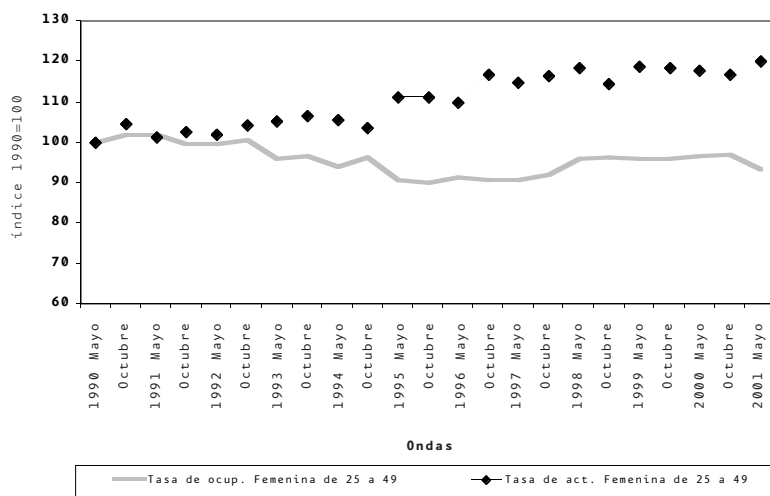
LOS ADULTOS

También los adultos se comportan de manera diferenciada a nivel de género. Por su parte, y como se señalara más arriba, las mujeres incrementan su presión de búsqueda de empleo, sobre todo, a partir de 1995, en que se intensifica con independencia de las oportunidades que el mercado ofrece y que se expresa en una tasa de ocupación específica que cae un 7% en la comparación entre los años extremos.

En cambio, el comportamiento masculino resulta francamente estable a nivel de las dos dimensiones consideradas y con un alto grado de correlación entre la participación y la ocupación. Como se vio, los hombres adultos ostentan las tasas de actividad y ocupación más elevadas y es el grupo etario menos afectado por la desocupación. Por lo tanto, el deterioro de los ingresos familiares sería el principal factor explicativo de la conducta de las mujeres de la misma franja etaria.

Gráfico C - 8

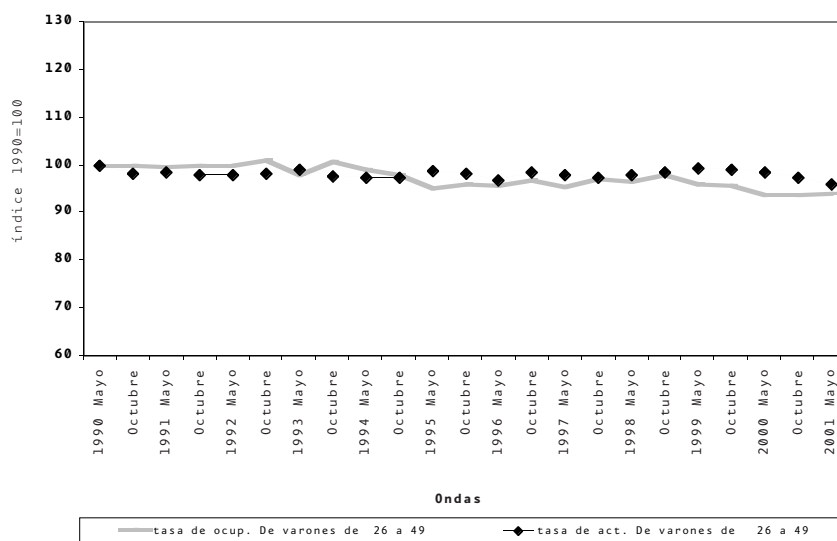
Evolución de las tasas de ocupación y actividad de las mujeres de 25 a 49 años. 1990-2001



Fuente: CEDEM, Secretaría de Desarrollo Económico, GCBA, en base a datos de EPH-INDEC

Gráfico C - 9

Evolución de las tasas de ocupación y actividad de las mujeres de 25 a 49 años. 1990-2001



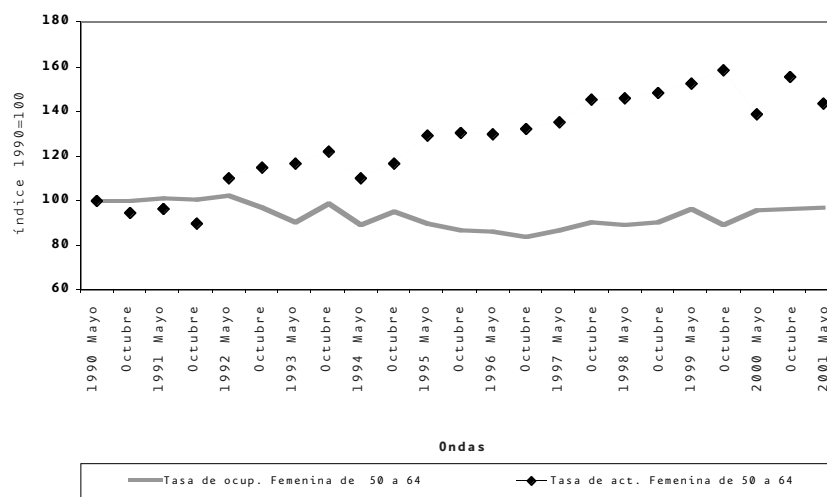
Fuente: CEDEM, Secretaría de Desarrollo Económico, GCBA, en base a datos de EPH-INDEC.

LOS MADUROS

Por último, los gráficos C-10 y C-11 muestran las conductas específicas de los mayores de ambos sexos con relación a la ocupación. Los hombres parecen más desalentados frente a la caída de la ocupación que, como se dijo, resultó la más marcada. En cambio, las mujeres aumentaron su disposición a trabajar en un 43%, llevando su tasa de actividad específica al 52%, nivel que supera ampliamente la media.

Gráfico C - 10

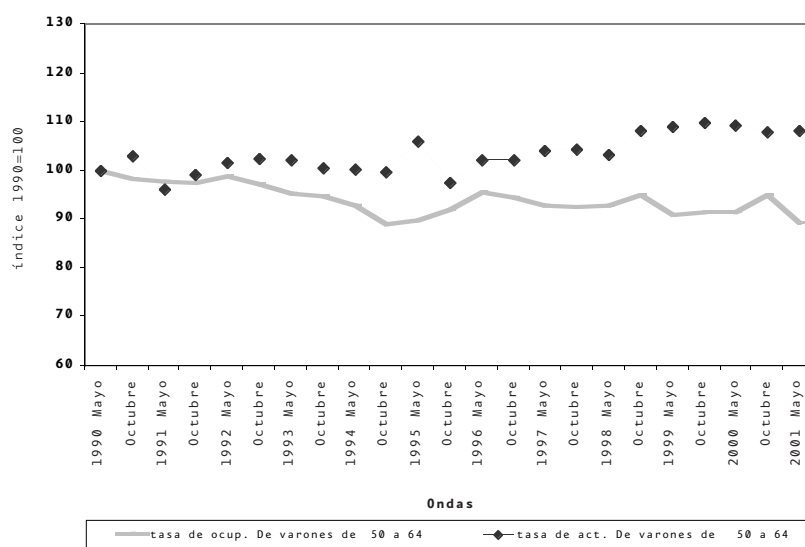
Evolución de las tasas de ocupación y actividad de las mujeres de 50 a 64 años. 1990-2001



Fuente: CEDEM, Secretaría de Desarrollo Económico, GCBA, en base a datos de EPH-INDEC

Gráfico C - 11

Evolución de la tasa de actividad y ocupación de los varones de 50 a 64 años. 1990-2001



Fuente: CEDEM, Secretaría de Desarrollo Económico, GCBA, en base a datos de EPH-INDEC

CONCLUSIONES

La expansión de la fuerza de trabajo registrada en los noventa se debió, fundamentalmente, a la incorporación de la mujer. Este comportamiento, que es parte de un proceso universal que se desarrolla a partir de la segunda post-guerra y que en nuestro país se inicia un par de décadas más tarde, recibió el impulso de un fuerte deterioro en materia ocupacional y distributiva que en los ochenta se expresó, en lo sustantivo, a través del aumento considerable del subempleo, y en los noventa en altos niveles de desocupación y en una ostensible y cada vez más acentuada inequidad en materia de distribución del ingreso.

Al cabo de los once años analizados, la "feminización" de la fuerza de trabajo en la Ciudad se revela tanto por su mayor disposición a trabajar como por su mayor inserción efectiva en la estructura ocupacional. Así, la PEA femenina creció más del 12% (se incorporaron 108.000 mujeres) y contribuye con el 46% (705.000) de la fuerza laboral disponible en mayo de 2001.

Sin embargo, el ingreso masivo de la mujer al mercado de trabajo no explica el fenómeno de la desocupación de los noventa. Por el contrario, resulta una de sus más claras consecuencias en la medida que está asociado, en lo esencial, a una caída de los ingresos del grupo familiar, ya sea por deterioro del ingreso o por la situación de desempleo del "jefe de hogar".

Así es que los varones de 50 a 64 años y los jefes de hogar constituyen el núcleo más vulnerable en términos ocupacionales y la caída de sus niveles de ocupación ha impulsado el fuerte incremento de la oferta femenina de la misma franja etaria y de los jóvenes hasta 1995, como principal estrategia de supervivencia de las familias.

En ese sentido, la "feminización" de la fuerza de trabajo se produjo sobre la base de mujeres adultas y mayores, de nivel de instrucción medio y bajo, dado que las universitarias redujeron la intensidad de búsqueda de empleo. Ello refuerza la idea de que la disposición a participar de la actividad productiva, en este período, está atravesada por la necesidad de obtención de ingresos antes que, o exclusivamente debido a, incentivos de carácter cultural o profesional.

Por otro lado, la precarización del empleo, el aumento de la subocupación horaria, en particular la femenina, la expansión de los puestos de baja calificación laboral y en actividades de baja productividad (ej. servicios personales, servicio doméstico, etc.), configuran el marco de oportunidades laborales al que accede gran parte de las mujeres que se incorporan al mercado de trabajo.

Otra de las conclusiones que surgen del análisis se refiere a la importancia de la dimensión generacional para explicar los comportamientos de género. Entre los jóvenes, las mujeres se diferenciaron hasta la crisis de empleo de 1995, con mayor presión de búsqueda de empleo que sus pares varones, pero luego se desalientan ante las dificultades

de inserción en el mercado de trabajo. En tanto, los varones denotan un comportamiento contra-cíclico respecto de la demanda de mano de obra: en las fases de aumento de la ocupación, se retrae la búsqueda de empleo y viceversa.

El comportamiento de los adultos da cuenta de patrones de conducta dispares: las mujeres, a pesar de los compromisos y responsabilidades que la vida doméstica les impone, muestran una disposición a participar de la actividad económica que no se corresponde con las oportunidades laborales que ofrece el mercado. La tasa de ocupación de los varones, que se ubica en el tope de los distintos grupos analizados, parece indicar que el comportamiento femenino está influido por la pérdida de ingresos familiares no vinculado, en este caso, al aumento de la desocupación en este segmento.

Por último, las mujeres maduras no manifiestan desaliento ante el deterioro de la situación ocupacional y sostienen, con firmeza, la presión de búsqueda de empleo, mientras que sus pares se muestran más sensibles a las condiciones adversas del mercado de trabajo.

El aumento de la desocupación, con el consecuente deterioro de los ingresos familiares, ha motivado comportamientos de género y grupo de edades. En ese sentido, los estratos generacionales muestran patrones de conducta económica más diferenciados que los cortes por nivel de educación, tanto en los varones como en las mujeres. En el caso particular de estas últimas, se observa que los condicionantes culturales se flexibilizan o no son tan rígidos frente a imperativos de tipo económico, como muestran las mujeres de edad madura que se incorporan al mercado de trabajo, en muchos casos sin trayectoria laboral, y se insertan en empleos de baja productividad y mal remunerados.

Si bien el ingreso de las mujeres al mercado explica desde el punto de vista cuantitativo el aumento de la desocupación, la aritmética no revela la esencia de este proceso. Los crecientes niveles de desempleo y la precarización de las condiciones de empleo que caracterizan a la década de los noventa han impactado negativamente en los ingresos familiares y han profundizado la inequidad distributiva impulsando la tasa de participación económica y, en consecuencia, presionando sobre la tasa de desocupación. En ese sentido, las políticas que apunten a su reducción no pueden soslayar el abordaje de sus causas si se pretende obtener resultados sostenibles en el tiempo.

Cuadro C - 1

Tasas de ocupación según atributos. Ciudad de Buenos Aires, mayo de 1990 y 2001

Atributos	Tasa de ocupación			Tasa de actividad		
	1990	2000	Var. 01/90	1990	2000	Var. 01/90
Total	94,8	86,6	-8,6	45,6	50,4	10,5
Varón	94,9	86,9	-8,4	58,4	59,6	2,1
Mujer	94,6	86,2	-8,9	34,9	42,9	22,9
14 a 25	87,3	70,7	-19,0	49,7	48,2	-3,0
26 a 49	95,8	89,6	-6,5	79,7	85,1	6,8
50 a 64	98,5	91,1	-7,5	57,7	68,5	18,7
65 y más *
Sin instruc.*
Baja	94,2	82,7	-12,2	47,1	43,4	-7,9
Media	93,3	85,3	-8,6	65,1	68,1	4,6
Alta	99,5	93,3	-6,2	88,5	85,0	-4,0
Jefe	98,1	89,8	-8,5	69,3	73,4	5,9
Otros	91,1	83,0	-8,9	33,3	37,3	-49,2

* Coeficiente de variación mayor a 10

Fuente: CEDEM, Secretaría de Desarrollo Económico, GCBA, en base a datos de la EPH-INDEC.

Cuadro C - 2

Tasas de ocupación según atributos. Ciudad de Buenos Aires, mayo de 1990 y 2001

Atributos	Tasa de ocupación			Tasa de actividad		
	1990	2000	Var. 01/90	1990	2000	Var. 01/90
Total	94,8	86,6	-8,6			
Varón	94,9	86,9	-8,4	58,4	59,6	2,1
Mujer	94,6	86,2	-8,9	34,9	42,9	22,9
Varón						
14 a 25	82,7	69,7	-15,7	54,8	53,8	-1,8
26 a 49	96,8	91,0	-6,0	99,5	95,6	-3,9
50 a 64	99,5	88,8	-10,8	84,0	90,9	8,2
65 y más *
Mujer						
14 a 25	92,6	71,9	-22,4	44,9	43,2	-3,8
26 a 49	94,5	88,1	-6,8	63,4	76,1	20,0
50 a 64	96,7	94,0	-2,8	36,4	52,2	43,4
65 y más *
Varón						
Sin instruc.*
Baja	94,3	83,6	-11,3	67,0	60,1	-10,3
Media	93,6	85,5	-8,7	80,3	81,0	0,9
Alta	100,0	94,9	-5,1	93,6	88,9	-5,0
Mujer						
Sin instruc.*
Baja	94,1	81,4	-13,5	30,8	31,6	2,6
Media	92,9	85,1	-8,4	53,0	58,1	9,6
Alta	98,9	91,5	-7,5	82,5	81,0	-1,8
Varón						
Jefe	98,5	91,2	-7,4	78,4	81,6	4,1
Otros	84,4	75,2	-10,9	33,3	34,3	3,0
Mujer						
Jefe	96,3	85,6	-11,1	43,2	56,5	30,8
Otros	94,2	86,4	-8,3	33,2	39,1	17,8

* Coeficiente de variación mayor a 10

Fuente: CEDEM, Secretaría de Desarrollo Económico, GCBA, en base a datos de la EPH-INDEC.

Cuadro C - 3

Estructura de la población económicamente activa y ocupada de la Ciudad de Buenos Aires.
Onda mayo de 1990 y 2001

Atributos	PEA			Ocupados residentes		
	1990	2000	Var. 01/90	1990	2000	Var. 01/90
Varón	58,6	53,5	-8,8	58,7	53,7	-8,5
Mujer	41,4	46,5	12,4	41,3	46,3	12,1
14 a 25	19,9	18,4	-7,5	18,3	15,1	-17,5
26 a 49	55,4	54,9	-0,9	56,0	56,8	1,4
50 a 64	20,6	21,9	6,3	21,4	23,1	7,9
65 y más*
Jefe de hogar						
Varón	74,6	73,1	-2,0	77,4	76,7	-0,9
Mujer	20,4	28,3	38,7	20,8	28,1	35,1
Sin *
Bajo	37,2	26,0	-30,1	41,8	24,9	-40,4
Medio	43,0	48,0	11,6	47,8	47,3	-1,0
Alto	16,2	23,7	46,3	19,2	25,6	33,3
Varón						
14 a 25	18,2	18,0	-1,1	15,8	14,4	-8,9
26 a 49	53,2	53,2	0,0	54,3	55,8	2,8
50 a 64	22,2	22,9	3,2	24,0	23,4	-2,5
65 y más*
Mujer						
14 a 25	22,3	18,9	-15,2	21,8	15,8	-27,5
26 a 49	58,5	56,7	-3,1	58,4	58,0	-0,7
50 a 64	17,3	20,8	20,2	17,7	22,7	28,2
65 y más*
Varón						
Sin *
Bajo	40,6	28,0	-31,0	40,3	27,0	-33,0
Medio	40,0	46,5	16,3	39,4	45,8	16,2
Alto	15,7	23,7	51,0	16,6	25,9	56,0
Mujer						
Sin *
Bajo	32,4	23,8	-26,5	32,3	22,5	-30,3
Medio	47,1	49,7	5,5	46,3	49,1	6,0
Alto	16,8	23,7	41,1	17,5	25,2	44,0

* Coeficiente de variación mayor a 10

Fuente: CEDEM, Secretaría de Desarrollo Económico, GCBA, en base a datos de la EPH-INDEC.